

# Visión sociológica del nuevo orden mundial

José Luis De Imaz

Por razones exclusivamente propedéuticas voy a comenzar formulando algunos reparos sobre la prospección del futuro, único modo tal vez de que disponga para desembarazarme de un entripado, de modo tal que, efectuado, me pueda abocar sin más remilgos al tema.

Lo cierto es que hace 25 años el mundo tenía algunas noticias agoreras. El Club de Roma había hecho suyo el informe elaborado por el matrimonio Meadows, que proyectaba las curvas de crecimiento del gasto en combustibles —vía industrias, vía sobretodo transportes— con las de la extracción posible de petróleo. La primera tenía un crecimiento cuasi exponencial, la segunda reposaba sobre una horizontal. La consecuencia de curvas tan dispares fue una recomendación asumida por el Club de Roma, resumida en el eslogan del *zero grow* [crecimiento cero] o de *arretez la croissance* [detened el crecimiento], voz de alarma extendida por toda Europa antes de concluir los años 60 e iniciar los 70.

Pero ocurrió que los yacimientos extraíbles no eran sólo los cateados y que, tras la explotación por vez primera en el mar, de los de Escocia nació una nueva tecnología extendible, en nuestro caso, y en el de Chile, en el Atlántico



José Luis De Imaz es Abogado, Doctor en Ciencias Políticas y Sociólogo. Se desempeña actualmente como profesor universitario, investigador y escritor.

Austral, en el Pacífico Austral y en el estrecho de Magallanes. Por qué no decir también en las Malvinas.

Y ocurrió, a la vez, que algunos técnicos árabes efectuaron una segunda lectura de este informe y se dijeron: “Nos quedan pocos años a los países productores de petróleo para explotar tan rico filón, después será nuestra pobreza, elevemos ahora el precio del crudo antes de que sea tarde”. Y como consecuencia los jefes de estado de los países árabes productores de petróleo provocaron una crisis sin igual entre las sociedades ampliamente consumidoras. Crisis de balanza de pagos, crisis de las importaciones. . . que tuvo también como efecto secundario el desarrollo en estos últimos países de las nuevas tecnologías substitutivas. Valery Giscard Estaing, en sus *Memorias*, se condeue por las consecuencias no queridas de este Informe Meadows, y de la publicación del Club de Roma, que aparecidas bajo su presidencia le generaron tantos inesperados problemas financieros.

También hace veinticinco años, promediando 1968, apareció otro informe significativo tratando de otear el fin de siglo: fue el del Hudson Institute bajo la responsabilidad de Hermann Khan. Allí se proyectaron para el año 2000 todas las variables, lo que nos permitió

saber cuál sería el producto bruto per cápita de Vietnam del Norte y Vietnam del Sur para ese año, así como el de Alemania Federal y el de Alemania Comunista. Todas estas proyecciones se hicieron *pari passu*, vale decir, dando por supuesta la vigencia de las mismas condiciones. He aquí mi primera reserva metodológica que hace exclusivamente a las proyecciones matemáticas: no pueden introducir nunca en sus cálculos a la “serendipity”, vale decir, a lo inesperado, francamente modificador de las tendencias. Y quienes otean el futuro desde la lógica matemática se encuentran con esa limitación. . . La vida humana es mucho más rica que sus certezas inmutables.

El problema radica en nosotros y es doblemente complejo. Porque los intelectuales queremos aprender la realidad con las categorías mentales, después elevamos esa abstracción a la realidad misma olvidando que los actores operan con hechos reales, tangibles y mudables, pero que somos nosotros los que tenemos una dificultad similar para un acceso inmediato, y sin intermediación intelectual abarcadora, la queremos convertir en un homúnculo, y le conferimos una vida propia. . . que no es tal en el plano real.

Lo cierto es que no disponemos de buenos métodos de medición y control. Se ha pretendido utilizar uno, el “Dalphi”, que consulta la opinión de los reales o presuntos entendidos, para después codificar estadísticamente su visión, y se ha pretendido usar otro —el gran registro de las megatendencias— midiendo centimetrage acordado por los diarios en distintos temas, y encabezamientos de noticias en primeras páginas. No sirve, porque la realidad obedece a tendencias fuertes, que son subterráneas, y si “no están visibles a los ojos de los hombres” menos aún lo son a periódicos que seleccionan para publicar el uno o dos por ciento de las noticias que cada día reciben.

Después, por si fuera poco, tenemos la confusión en los vocablos, porque no siempre se corresponden con los temas que pretendemos cubrir, y porque generalmente suelen ser simplificaciones de una lengua... para expresarse en otras lenguas. Eso es lo que ocurre con el trágico vocablo “fundamentalista” empleado originalmente es Pensylvania para identificar a esos “amischi” que se visten y trabajan como los holandeses del siglo XVII, pero que en modo alguno puede proyectarse —desde esa pequeñez numérica—

para corregir los comportamientos de los seguidores millonarios del Profeta.

De todas las ciencias sociales, sólo la demografía ofrece mayor certeza, y lo que es peor entre las blandas, una capacidad de control sobre sus aseveraciones como sólo es imaginable entre las duras. Se ha escrito mucho sobre demografía histórica, y hay escuelas, como lo es y ha sido la italiana, capaz de reconstituir históricamente siglos de comportamiento demográfico. Pero en fin, ahora lo que nos interesa es el futuro, gracias precisamente a la “previsibilidad” existente en esta ciencia. La fecundidad de la mujer comprendida entre quince y cuarenta y cinco años está en relación inversamente proporcional con su nivel educativo objetivo. Esta es, a la fecha, una aseveración demográfica incontestable, que les permitió a Zulma Recchini de Lattes y a Alfredo Lattes, en 1968 —también hace veinticinco años— proyectar los totales de la población argentina a 1990, al 2000, al 2025 y hasta el 2050. Pues bien, nuestro censo de 1991, contrastando con las cifras totales de población que ellos consignaban en una de sus cuatro proyecciones alternativas, demostró absolutamente irrelevante diferencia de alrededor de 25.000 personas. La relación demográfica es la siguiente: hay que distribuir a las mujeres potencialmente fértiles comprendidas entre quince y cuarenta y cinco años, por grandes grupos analíticos, en función de que sean analfabetas, tengan la escuela primaria incompleta, la secundaria incompleta o completa y la universitaria. Como hay una relación numérica-tipo entre el nivel educativo y la fertilidad, se efectúa el cálculo matemático, que es *pari passu* en esta relación educación-fecundidad, pero que resulta ajustable por décadas según progresa también el nivel educativo objetivo de las mujeres entre dichas edades.

La fertilidad —como todos sabemos— está ajustada, en términos de grandes cifras demográficas, por los niveles educativos, que en principio hacen a la posibilidad de mayores o menores “paternidades/maternidades” responsables, siempre en torno del control estatal de la natalidad, sus consiguientes respuestas, y la solución final de compromiso a que se arribó. Esto es lo que informó la prensa, que omitió —públicamente— uno de los mayores debates de fondo, el más negado por las grandes potencias. Y este tema fue el de las migraciones, y el del “derecho de migrantes a ser acompañado por su familia.”

Esto último es lo que fue velado en la información, por ser un tema candente entre los países que hasta ese año fueran de generosa inmigración: los Estados Unidos, Francia y Canadá sobre todo, pero que ahora comienzan a cerrar sus puertas. Este es el tema: ya no se recibirán más “refugiados”, categoría analítica que, en Canadá, dejaba la puerta abierta para muchos casos inciertos. Hoy estamos ante el cierre de las fronteras. Alemania, que recibía 400.000 inmigrantes anuales, dejará de hacerlo, Francia que estaba en los 140.000 promedio, igualmente, y otro tanto los Estados Unidos y Canadá. Este cierre, aparte del hecho humano, dificulta los cálculos prospectivos demográficos, porque una variable pasa a ser modificable de raíz.

Y aquí estamos frente a una sucesión más de incongruencias a la que vamos a asistir en estos años. Aquí hemos apuntado a alguna: la del imperio de la racionalidad tecnológica, por un lado, y el menoscabo societario de la racionalidad, por el otro, medido en el auge de los orientalismos, de “New Age”, de cábalas y pitonisas, y la de la incongruencia entre la racionalidad exigida por la tecnología que usamos, y el menoscabo de la razón. Otra contradicción podría ser el de la exacta trabazón de las comunicaciones por un lado, y el de la baja calidad de lo que realmente es importante comunicar, por el otro. Es tal vez lo que los norteamericanos denominan “basura”, a veces en sentido tecnológico, pero en última instancia en cuanto a la calidad de los contenidos de los comunicable.

Me he querido centrar voluntariamente en las contradicciones, porque la contradicción hace a la esencia del mundo contemporáneo, y por allí a la dificultad adicional de proyectar algo a corto plazo. Tomemos el caso de la “aldea global”, contrastada con el auge de todos los regionalismos combativos y militantes, donde el vecino no acepta a su vecino, y donde las “purezas de sangre” reclamadas —como la Serbia— parecieran un terrible “ritornello” a alguna nueva “solución final”. El mundo vive de contradicción en contradicción a la hora del fax y la comunicación satelital: el Quebec reivindica su personería y se presta a pasar el examen, a mediados de 1995, de un referéndum autonómico. Si les resulta favorable habrá que rever todo el Pacto de la Confederación canadiense, y hasta el Tratado de Nafta que los liga con EE.UU. y México, convirtiendo ahora hasta en

frontera lingüística la que se tenía por la más permeable de todo el mundo: ese paralelo, pura convención diplomática, que escindió a los Estados que querían ser independientes, de los que permanecían fieles a la corona británica. Pues bien, los quebeois tienen muy pocos años para tentar su referéndum: a fin de siglo uno de cada tres quebeois no será nacido en ese lugar franco parlante del Canadá, sino ciudadano por adopción proveniente de Ucrania, Polonia, Vietnam, etc. Canadá es precisamente el país del mundo que está recibiendo más inmigrantes de Hong Kong, en previsión de la definitiva anexión de esta ciudad por la China continental. Estas personas que quieren seguir siendo miembros de la Comunidad británica de Naciones hacen sus inversiones en Vancouver, convertida en la súbita capital substitutiva, para todo el Pacífico del Norte, o en la Hong Kong substitutiva... al mismo tiempo que en el otro extremo, en el Quebec, se alienta la emigración de la alianza confederada.

Estos temas de frontera me interesan muy especialmente por cuanto, si son ciertas, las prevenciones de conflicto en el futuro, exceden el terreno puramente económico, para trasladarse a los conflictos de culturas en áreas tangenciales, y a la sumatoria de conflictos económicos y de culturas contrapuestas. Estamos pensando en la más inmensa de las fronteras culturales que es la de China con la Rusia siberiana, un espacio sobreocupado de chinos frente a un espacio subocupado ruso, en el que, si se aplican las categorías de análisis de Toynbee, en cuya virtud, cuando se producen estas junturas, tienen, a la larga, todas las de ganar quienes poseen aun menor desarrollo tecnológico y una mayor fertilidad demográfica. Es el caso de los unidos/desunidos por antonomasia, México y los Estados Unidos, frontera económica y a la vez frontera cultural, donde se hablará de vivir permanentemente no sólo con la falsa asociación de lo dispar, sino también con la sobrecarga que significa para los países ricos el tener que portar sobre sus espaldas la problemática de un vecino pobre, cargado de hijos, pero huidizo también en sus capitales, y más huidizo aún en sus hábiles condiciones laborales. Hace poco leía los datos de Oaxaca, uno de los estados mexicanos que más proveen de inmigrantes ilegales a California: Oaxaca frisa hoy los tres millones y medio de habitantes, el cuarenta por ciento de los cuales, hasta ir a la escuela, habla

una lengua indígena. Pues bien, si la proyección de las cifras fuera correcta, Oaxaca tendrá hacia el 2050, alrededor de ocho millones de habitantes, con, ahora sí, menos de un tercio parlante de una lengua distinta del español a la hora de concurrir por vez primera a clase. Sin duda alguna NAFTA va a sufrir fuertes cimbronazos, y no sólo los producidos por los avatares monetarios de México: la presión demográfica va a ser constante, con una tecnología en avance que sólo puede augurar el crecimiento del desempleo estructural. Pero México es un mercado cautivo para los Estados Unidos, donde, lo que realmente importa es que no se convierta en una plaza fuerte para las inversiones productivas, hoy del Japón, mañana, de los otros países del Extremo Oriente. Y por allí la lógica económica entra en colisión con la lógica demográfica, que se me ocurre la más valedera.

Esta reflexión me lleva a la Argentina, porque en el Estado de California hubo recientemente un plebiscito, en el que su población por dos tercios de sus votos, contra el tercio restante, resolvió privar de asistencia educativa a los hijos de los migrantes ilegales mexicanos —lo que en cierto modo sería lógico— pero también de asistencia médica, lo que es “contra natura”. Pues bien, si eso lo decide democráticamente el pueblo del estado más rico del mundo, y, por ende, el mejor dotado entre los países desarrollados... qué nos queda para el caso hipotético de que en nuestra Misiones viniera a desarrollarse un espíritu parecido respecto de la inevitable presión demográfica brasileña, el cruce de frontera por los ilegales y el uso de servicios públicos que, en nuestro caso, no son los de California, sino los desabastecidos de los desabastecidos.

Esta es una reflexión de futuro que tenemos que plantear sin falsos pudores ni eufemismos en nuestra doble condición de argentinos y cristianos. Porque en Brasil habrá un tardío plan de ajuste —demorado en años con relación a los de Chile y Argentina—, desempleo por racionalización y privatización de servicios públicos, y —como ha ocurrido— veto presidencial incluso a la expectativa de establecer un salario mínimo de 75 dólares. Por todo ello, la presión demográfica sobre nuestras fronteras —aún en plena recesión argentina— se nos aparece como inevitable. Y acá tendremos que calibrar nuestras motivaciones cristianas —el servicio comunitario— con la disponibilidad de bienes y servicios locales

frente a una demanda excedentaria. Mucho nos dolería que con tal motivo la sociedad argentina evidenciara un racismo hasta hoy larvado, pero existente. Y tenemos que prepararnos para eso, como cristianos, para saber encontrar el punto justo entre el valor y la viabilidad del valor, entre nuestras convicciones en razón de la cruz y la redención, y el modo como logremos que eso se haga realmente carne entre nuestros hermanos, a la hora de la verdad, donde sobran las palabras.

Estamos ante un nuevo orden regional. Y sin embargo Mercosur, a la fecha, ha sido un monopolio casi exclusivo de las opiniones de los economistas que sólo lo visualizan como un gran mercado, cuando más bien se trata de otras cosas, de un proyecto de “buena calidad de vida colectiva” y de imaginar instancias que, de complejidad en complejidad creciente, deberán finiquitar en transferencias de soberanías y creación de nuevas estructuras políticas y administrativas regionales.

El gran interrogante de Mercosur se va a plantear recién cuando llegemos a la “libre circulación de mano de obra”, tema que ha sido precisamente el invariablemente diferido aún en las comunicaciones de una Universidad Europea mucho más homogénea entre sí, que las distancias socio-económicas que nos separan a los países de la región. Porque hasta cabe la posibilidad de que alguno de los signatarios del Tratado de Asunción realice “dumping social”, en cuya virtud, haciendo desaparecer cargas societarias, y manteniendo voluntariamente salarios muy bajos, atraiga la mayoría de las inversiones externas, tecnológicamente intensivas, en vista a un mercado regional sin barreras. Porque esto es lo que ocurre en la Isla de la Reunión, dominio francés liberado de las cargas sociales francesas, y provisto de mano de obra de la India o Madagascar. Y esto es lo que ocurre en los estados costeros de la China continental, donde sus costos salariales son ínfimos con relación al mundo occidental. El “dumping social” en esta hora de crudo liberalismo, de prevalencia de los criterios de mercado sobre todo otro juicio de valor, y de desregulación salarial, es un fenómeno que no debemos descartar para el futuro y que, en todos los casos, colocaría al actual territorio argentino, y su sociedad, en situación de inferioridad al menos en relación con dos de sus “partners”.

Hoy por hoy los argentinos estamos obligados a comenzar a pensar en términos de otra escala, y cuando digo “otra escala” es precisamente porque se trata de un salto cualitativo. Porque todo lo hemos previsto menos la integración cultural, y no sólo porque ni siquiera nos hemos puesto a estudiar portugués, como correspondería, sino porque somos un país “culturalmente débil”, mucho más débil, desde este punto de vista, que Brasil y Chile. Cuando Alberdi preconizaba en sus “Bases” la inmigración y la inmigración de todos los que no fueran españoles —sobre todo en una época en que no había conocido aún España y de la que luego se arrepentiría— remitía nuestra futura cultura colectiva a lo que surgiera de esa modernización sin raíces. Lo que ocurrió es lo que conocemos: la Argentina tal vez conforme al más acabado buen ejemplo mundial de país de inmigración, y de inmigración integrada y articulada, pero a la vez el caso más triste de una cultura subsiguiente “flou” sin contornos definidos, sin vivencias compartidas, sin objetivos comunes, como no fueran las exaltaciones circunstanciales de esos casos donde lo que se pone en evidencia es nuestro chauvinismo simplista y exitista, pésimo sucedáneo de la inexistencia de una sensibilidad espiritual compartida.

Y una última referencia en torno de los sistemas de valores en confrontación. Creo que a nivel mundial uno de los casos más problemáticos al alcance de nuestra vista es el suministrado por Argelia, allí donde el triunfo de los islamistas a mediano o largo plazo se nos aparece como inevitable. Hoy los contiene una dictadura apoyada por Occidente, pero todos sabemos lo que es siempre una olla de presión, y una olla de presión alimentada de pobreza generalizada, de resentimientos antioccidentales, de racionalizaciones simplistas, en las que se buscan chivos emisarios externos, alimentada por una crisis de identidad, crisis de identidad que cuando coincide con una importante base numérica de desesperados concluye con la expectativa de alguna solución totalizante. ¿Y por qué he querido cerrar estas reflexiones acerca del futuro inmediato con Argelia? Porque estamos frente a la nueva quinta columna, a las puertas de una Europa que será alimentada por el nuevo fanatismo de la televisión y el fanatismo de los imanes que transmiten desde las radios argelinas sobre los tres millones de mahgrebís instalados en Francia, y víctimas a su vez de una doble crisis de identi-

dad. Por eso voy a volver, en estas reflexiones finales sobre la incertidumbre, a la mayor certidumbre —entre las ciencias sociales— que produce el análisis demográfico. En el Cairo, la Primera Ministra de Noruega participó que el financiamiento internacional sólo alcanzaría a los países que controlaran —desde el Estado— su fertilidad. Pero esto ocurre, justamente cuando en Europa se está llegando al crecimiento vegetativo nulo: es el nuevo “zero grow” no previsto veinticinco años atrás por el Informe Meadows ni el Club de Roma. Italia tiene más viejos que jóvenes. Alemania ya no puede mantener un sistema de seguridad social, excedentaria en viejos, falta de reposición general, escasa en hombres en edades productivas. Y España es por último el país donde, algunas de sus Autonomías —la de Valencia entre otras— de año en año cierra aulas en las escuelas, por la disminución estadística en las cohortes de sus educandos.

La Argentina es un país anómalo en el contexto universal, al menos desde este punto de vista. Va a continuar bolivianizándose, pero no creo que paraguayizándose porque sin perjuicio de que Paraguay sea el país del área que posea mayor desempleo estructural, sus totales de población no implican un problema adicional. El gran interrogante es si dispondremos de servicios a los flujos migratorios del Brasil, máximo cuando, en vez de decrecer, la fertilidad argentina va a remontar, también como consecuencia de haber bolivianizado, paraguayizado y sobretodo brasileñizado nuestro potencial de crecimiento demográfico, elevando las tasas actuales de natalidad, en varios puntos con respecto de lo que parecía ser el discreto declinar del último decenio.